

1. A Doña Cleotilde se le empezó a pasar la tembladera con el segundo trago de coñac. Exhorta en sus pensamientos se olvidó de que el botones seguía dándole instrucciones de cómo ajustar el aire acondicionado, cómo comunicarse a la recepción, cuál era la clave de acceso del internet e incluso una detallada descripción de las especialidades del chef. La mujer estrelló el vaso en la pared y miró al joven que se contenía por no mostrar temor. Caminó hacia él, encendió un cigarrillo y con una larga bocanada activó el sistema contra incendios. La gente salía corriendo del lugar, pero ninguno de los dos se movía. Hasta que le ordenó al joven que se fueran. Se abrieron paso entre el caos sin ningún problema, caminaron al estacionamiento hasta encontrar su automóvil, le dio las llaves al botones y salieron del lugar.

Se dirigieron a la universidad en la que Marcela, su hija, estudiaba el segundo semestre de biología. Ella nació antes que Lucila y después que Alejandra, a quienes no veía desde que su padre murió sepultado por la carga de un camión de escombros que se soltó por un supuesto fallo en el mecanismo.

Alejandra, la mayor de sus hijas, vivía en la incertidumbre, sin poder entender que había pasado, sin poder creerlo. Tratando de unir los puntos en su cabeza que le pudieran dar sentido a lo acontecido; pero Cleotilde encontró la manera de encerrarla en sus pesadillas, convenciéndola de que no podía confiar en ella misma. Sus arranques alteraban a todos en casa, pero con cada gota de rivotril que Cleotilde vertía en el agua todo estaba bien, el silencio otra vez. Y así fue hasta que Alejandra lo supo. Por lo que tomó sus cosas e intentó convencer a sus hermanas de huir. Sólo Lucila accedió, siempre hubo una conexión entre ambas, siempre fue Alejandra quién veía por sus hermanas, para que siempre estuvieran bien a pesar de esa nube espesa y enrarecida que les rodeaba. Algo le olía mal, pero huyó sin saber lo que pasaba.

Decidió salir adelante por su cuenta, dándole una educación a su hermana, protegiéndola de su madre, del pasado y de cualquier peligro. Al menos eso fue lo que creyó. Lucila era una joven de dieciséis años que daba pasos temerosos, siempre en el nerviosismo y la ansiedad. Desconfiada e insegura, callada pero inteligente; siempre ensimismada. Cada mañana se despertaba con alguna enfermedad diferente que hacía decaer su ánimo. Hasta que un día la enfermedad

fue real, el deterioro fue real. Alejandra culpaba a su madre, por heredarles su sangre envenenada, portadora de toda su inmundicia, lentamente la leucemia acababa con Lucila y con ella, su hermana.

Así fue como Doña Cleotilde se dedicó a su hija y a su supuesto negocio legítimo de prostitución. Todo en regla, complaciendo tanto las necesidades de sus clientes y de las autoridades, como de los benefactores que la dejaron a cargo de la reclutación, formación y administración de los activos de esa empresa, abarcando gran parte de la ciudad de México, Puebla y Estado de México. Sin embargo, sus empleadores decidieron que era tiempo de dejar el puesto a otra persona; prometió preparar a su hija y presentarla como la mejor opción. Cleotilde estaba devastada, este era su negocio, su logro. Sabía como mantenerse en el anonimato, sabía tomarse el tiempo para buscar "los ejemplares" como ella las llamaba, que pudieran satisfacer las necesidades más pútridas que sus consumidores pudieran tener. Una gran habilidad para desaparecerlas sin rastro, sin que nadie preguntase y sin que nadie se interesase. Pero todo estaba por acabar, ¿y como no permitirlo? ¿Había algo que hacer al respecto?

Ella y el botones esperaron afuera de la universidad. Al ver a Marcela, caminó hacia ella, sin hacer caso a la sorpresa de su hija por ver a su madre empapada y con el maquillaje corrido. Le pidió que subiera al auto y emprendieron camino a su estética de confianza. Maquillaron y peinaron a Marcela, no entendía que estaba pasando pero siempre hizo lo que su madre le pedía a cambio de que nunca le faltará nada, siempre prefirió sus comodidades antes que interesarse por lo que pasaba a su alrededor.

Lista para la reunión, se dirigieron a toda marcha al lugar. Antes de entrar, Cleotilde la abrazó y mientras la encaminaba a la puerta, puso una pistola en su bolsa y le dijo "Dios, concédeme la serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar, el valor para cambiar las cosas que puedo cambiar y la sabiduría para conocer la diferencia". El rostro de Marcela cambió, tenía una mirada desorbitada y estéril. Caminó deprisa, al entrar al cuarto donde la esperaban, disparó hasta descargar el arma, aún al intentar abatirla, no se detuvo. Cleotilde se fue alejando del lugar, la decisión ya estaba tomada. Ya no había nada que salvar.

## 2. INTERIOR.MORGUE.NOCHE

En una plancha de metal, una mujer trata de rasgarse el vientre mientras un médico forense intenta detenerla horrorizado. Otro médico grita enérgicamente oraciones en arameo.

FORENSE 2

¡TETE MALKUTAK, ELA PESHINA MIN BISHA!

¡No dejes que se rasgué, cabrón!

FORENSE 1

¡No puedo, ayúdame, tiene mucha fuerza. Por favor ya haz que pare, ayúdala!

El médico continúa su oración, las cosas se caen, las luces se prenden y se apagan, la voz de la mujer se vuelve mas grave y su vientre se inflama.

FORENSE 2

¡ELA PESHINA MIN BISHA, BEHEMOTH!

El grito de la mujer se vuelve el de una bestia. Los refrigeradores mortuorios se abren y se cierran, mientras que los cadáveres que están en otras planchas se tiran al piso y se arrastran. La mujer toma los brazos del hombre que intentaba detenerla, los desprende para aventárselos a los cadáveres que se arrastran los cuales se pelean por devorarlos.

Forense 2

¡ISTERA BELAGINA KORE KISH KISH!

El médico sin brazos cae al suelo y se desangra. La estructura ósea de la mujer cambia formando protuberancias en su espalda parecidas a alas, su mandíbula y todo su rostro se ensancha, su cuerpo se alarga y la coloración de su piel se vuelve morada. El forense se arrodilla y se acerca lentamente mientras saca un estuche de terciopelo de su bolsillo, dentro lleva un anillo negro con un ojo tallado en hueso, el cual alza para que la poseída lo pueda ver.

Forense 2

O JABRUTA O MITUTA...

El hombre la mira a los ojos.

FORENSE 2

¡RAJME DEABA ABNE, RAJME DEBNE ABNE!

El rostro de la mujer empieza a regresar a la normalidad como si se fuera desinflando poco a poco, su piel se sume progresivamente dejando huecos extraños en su cara y cuerpo, sus ojos hundidos brillan enternecidos en un verde intenso. El hombre llora conmovido.

FORENSE 2

DE ALAJ SANI, LEJABRAJ AL TABED

Pone el anillo en su dedo, el ojo comienza a encenderse en un rojo vivo, todo el anillo se calienta, su carne se quema, toma la mano del médico y le quema el dorso con el ojo incandescente. El hombre grita y se desvanece, la piel de la mujer se rompe liberando unas enormes alas de hueso con las cuales envuelve al forense. El hombre recupera el conocimiento. Ambos se miran serenamente mientras se escuchan los lamentos de los cadáveres al fondo.

FIN.

3. Mario es acrotomofílico, lo supo la primera vez que vio a su vecino luego de un accidente que lo dejó sin antebrazo y lo confirmó al tomar la determinación de cortarse su propio brazo para poder llegar al orgasmo. Gracias a unos planos chinos que robó y la ayuda de otros hackers logró adaptarse un brazo biónico que oculta bajo la vieja chamarra de cuero que siempre usa para trabajar o salir pasando desapercibido en las calles. De otro modo permanece resguardado en el closet junto con su anillo clonador de tarjetas que coloca en su muñón cada que las causas ciberactivistas en las que trabaja necesiten fondos. Por último, entre su ropa interior oculta su brazo disecado, el cual utiliza para pasar desapercibido en las cenas familiares, pues sigue juntando valor para poder hablar con sus padres sobre la identidad sexual que decidió forjarse.

#### **4. EXTERIOR. ENTRADA DE CASA**

William Levy se baja de una motoneta, saca una pizza del compartimiento trasero, mira a todos lados y luego comienza a morder con desesperación la orilla de la pizza. Para su sorpresa, un hombre robusto de mediana edad lo mira sin parpadear. Sus miradas se cruzan, William cierra la caja y se acerca a la puerta con su sonrisa llena de migajas de pan.

WILLIAM

Disculpa, hombre. Estoy haciendo investigación para el papel de mi nueva novela "Rebanadas de placer"

Lo mira con una sonrisa de satisfacción.

WILLIAM

La verdad es que me tomo muy en serio mi trabajo, hombre, está es mi pasión, por eso llevó una semana viviendo con un sueldo de repartidor.

El hombre lo sigue mirando.

WILLIAM

Esta es la única manera de hacerlo real, pero con este sueldo sólo he logrado comprar mi tratamiento facial. No creí que te fuera a importar que me comiera lo que menos calorías tiene, ¿cierto?

El hombre finalmente sonríe dejando ver sus braquets. Saca su celular y se acerca para tomarse una foto simulando que recibe la pizza. Luego la mira con satisfacción, toma su pizza, saca dos billetes de cien pesos y le paga a William Levy.

WILLIAM

Hermano, ¿te conté que con mi sueldo sólo me alcanza para comprar dos cremitas faciales?

El hombre sin dejar de sonreír saca un billete de quinientos pesos, lo pone en su mano. Ambos asienten.

WILLIAM

Hermano, después de esto seguro te ponen en los créditos. Que  
te bendiga Dios.

Camina hacia la moto, le cuesta trabajo prenderla, finalmente  
lo hace. Mira al hombre y sonríe hasta que se aleja.

FIN.

## 5. EXTERIOR.CALLE.DÍA

Socorro y su madre salen de la carnicería y comienzan a caminar. Tres hombres que van por el mismo lado de la banqueta miran de arriba abajo a Socorro. Silban.

HOMBRE 1

¡Uy, buenas las tengas mamito!

Los tres hombres reventan a carcajadas. Ellas siguen caminando, sin embargo la madre se incomoda. Luego de unos pasos Socorro la detiene.

SOCORRO

Madre, no podemos seguir evitando hablar de esto y como tú no lo vas a decir, lo voy a decir yo.

La madre trata de evitar su mirada y termina cabizbaja.

SOCORRO

¡Ya se que te gusta el carnicero, pillina!

La madre se atraganta con su propia saliva.

MADRE

¡Ay pendeja, no me espantes. Deja de andar diciendo burradas!

La hija se cruza de brazos.

SOCORRO

¡Mamá por favor, si todos los días quieres comer carne y no precisamente la que vende.

La madre sonríe involuntariamente, pero sigue tratando de demostrar enojo.

MADRE

Sácate por allá, chamaca puerca. Tu papá sale temprano de trabajar y si no hay de tragar se sale con el Esteban a chupar.

Socorro se ríe sonoramente y mientras, sigue caminando.

SOCORRO



Pues yo no se que se chupan esos dos y ni me interesa, pero,  
¿Qué no tienes ganas de salir, de conocer a alguien mas aparte  
de ese viejo pedorro?

Se detienen frente a un aparador de vestidos.

SOCORRO

Imagínate con ese vestido, unos bonitos aretes y el collar que  
me pediste prestado hace dos meses. ¡Chulísima!

Socorro la toma por los hombros y le habla mas suave. Siguen  
viendo el aparador

SOCORRO

Ya en serio má, ¿no te ves saliendo con alguien que si te  
noté?

Le suelta el pelo, se miran en el reflejo.

SOCORRO

Mamá, eres tú. Aquí estás, existes.

La madre de Socorro contiene las lágrimas entre sus ojos. La  
bolsa de carne se le cae de las manos. La recoge, aclara su  
garganta y sigue caminando con una sonrisa en los labios.

FIN

## 6. INTERIOR.SUPERMERCADO.DÍA

En la línea de cajas hay dos hombres de la tercera edad que embolsan las compras de un joven que sólo mira su celular. La cajera indiferente a la presencia de cualquiera de ellos pasa los productos uno por uno sin importarle si los está registrando o no. Al terminar de empacar su parte, uno de los hombres mira el reloj. La cajera bloqueó la máquina y hace un ruido ensordecedor que a ninguno de ellos le importa escuchar.

ANCIANO

Ya son las dos Alfredo, ya me voy.

A Alfredo parece no importarle lo que le dice.

ANCIANO

Mañana nos vemos, si Dios quiere.

Alfredo azota una lata de frijoles. La cajera lo mira asustada, el anciano brinca del golpe.

ALFREDO

¿Me estás diciendo que si Dios quiere, mañana voy a tener que compartir mi espacio personal con tu gordo culo?

El anciano da unos pasos hacia atrás.

ANCIANO

Tranquilo, Alfredo. Yo sólo quer...

ALFREDO

No no no no no no. ¡No!

Alfredo vuelve a tomar la lata de frijoles, la aprieta tratando de arreglar la abolladura, pero la hace más grande.

ALFREDO

¿Estás seguro de que si Dios quiere, te voy a reventar la cabeza? ¡Pues Dios quiere que te reviente los putos sesos!.

Avienta con fuerza la lata y pasa muy cerca del anciano. Alfredo suelta una gran carcajada. El anciano se orina mientras tiembla entre lloriqueos.

ALFREDO

Dios quiere que te muela a madrazos, pero, ¿sabes qué? Yo prefiero perdonarte la vida, pelele de mierda. Nadie te cuida, imbécil, nadie me impide que mañana te parta la madre.

Avienta las bolsas en el carrito del joven que nunca dejó de mirar el celular y se aleja del lugar.

ALFREDO

A cagar a otro lado con tu puto Dios. ¿Qué pasa con esta gente?

FIN

7. Maribel era la clase de mujer con la que nadie debería tratar. Era la única empleada de confianza, responsable de todas y cada una de las malas decisiones que se tomaban. Prefiriendo hacer gastos innecesarios antes que pagar puntualmente a los empleados o invertir en seguridad o siquiera poder dirigir un saludo antes de ordenar alguna tarea extenuante para la cual nadie había sido contratado aún.

Un día, Berenice, Gina y Paola planearon un campamento de fin de semana con la intención de juntar a sus niños y pasar un buen rato sin correr el riesgo de entrar solos en un bosque que no conocían bien. Durante toda la mañana trataron de que Maribel coordinara los pagos a tiempo y así tener dinero al final de la tarde. Sin embargo Maribel decidió hacerlo hasta el último minuto. Al menos eso les hizo pensar. Sabía del viaje que iban a hacer y que esa sería la mejor manera de arruinarlo. Días después se dieron cuenta de la situación sin embargo decidieron no hacer ningún comentario al respecto, ni mostrar enojo. Trataron a Maribel con cordialidad y sin ningún rencor. Así lo hicieron durante un año, en el que los almuerzos y las comidas las compartían con ella. Sin pedir nada a cambio, ganando la confianza de aquella miserable mujer.

Llegó el momento de hablar nuevamente del campamento, juraron sentirse halagadas por poder contar con Maribel, sin importar que no tuviera a quien llevar.

Planearon el recorrido, rentaron una camioneta y se aventuraron en el bosque. Tuvieron muchas actividades para los niños a lo largo de los tres días que decidieron estar ahí. La última noche, prepararon algo especial para ellas, bocadillos de jamón serrano y vino tinto. Una noche inolvidable.

A la mañana siguiente Maribel despertó sin saber exactamente qué había pasado, no escuchaba ruido y no veía a sus amigas por ningún lado, pero había tres mensajes en su celular, uno de ellos era un video en que ella aseguraba haber tenido un aborto para no meter en problemas al director general de la empresa, además de hablar de la intimidad que tenía con el hombre. Las chicas sólo pensaban embriagarla para humillarla entre los compañeros de trabajo, pero se encontraron con algo mejor.

La forzaron a renunciar de manera inmediata. Después, emprendieron el regreso a casa.

Maribel parecía tomar la situación con más calma, incluso bromeó un par de veces sobre las condiciones de la camioneta, sin embargo, la última vez no paró de reír así como la camioneta no paró en una curva pronunciada. Se escuchó un estruendo y luego, nada más que las aves al pasar.

8. Denisse tiene 34 años, vive en Tijuana y tiene dos niñas. Gana \$750 pesos a la semana. Sus depósitos siempre tardan y en abril no fue la excepción. El quince, compró un litro de leche, una bolsa de frijoles, un rollo de papel de baño y un chocolate kit kat. Una mitad para Elena y la otra para Sofía. Lo recuerda muy bien porque ese día empezó todo. Cerca del oxo está la última parada de la calafia roja proveniente del parque industrial florido ahí es donde se encuentra la maquiladora de ropa en la que trabaja. La lámpara que alumbraba la parada llevaba dos meses sin funcionar, pero se esperó porque Lupita, su vecina, había salido hace una hora y seguro venía ahí. La calafia estuvo un buen rato parada, nadie subía ni nadie bajaba, así que se acercó temerosa pero decidida. Escuchó un hilo de voz que se comprimía entre las manos de un hombre. Entre la oscuridad divisó la escena, no sabía si era Lupita la que estaba debajo de ese conductor que se quitaba el pantalón y le rompía la ropa. Denisse sintió impotencia, luego rabia y luego el ansia por hacer algo. Soltó sus cosas, tomó una piedra y lo golpeó hasta que dejó de escuchar las burbujas de sangre reventar en su tráquea. La mujer no era Lupita, pero igual agradeció antes de huir. Se levantó y no vio a nadie cerca, sólo la luz lejana del oxo, se limpió con el rollo de papel y regreso a la tienda. Compró unos guantes, un litro de cloro y un juego de cubiertos de cocina. Así empezó, cada dos semanas encargando a las chamacas con Lupita, comprando en el oxo un juego de cubiertos que pagaba con su tarjeta, abordando la última calafia, esperando ser la única en bajar, sintiendo las obscenas necesidades animales del chofer y sin nada más que una piedra y un cuchillo de latón. Así mató a 12 chóferes, sin culpa, con la consciencia bien tranquila y un estado de cuenta que llamó la atención de las autoridades. Pero quien era ella, una mujer sin nada que perder, con alguien a quien proteger y \$750 pesos para unos boletos sin regreso. Unos que si compró en efectivo.